

PÁGINAS DEL DIARIO RUSO DEL LINGÜISTA BILBAÍNO IMANOL AGIÉ DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Guillermo Aguirre Martínez, Universidad Internacional de La Rioja

Resumen

En 1941 el lingüista y escritor bilbaíno Imanol Agié (Bilbao, 1913–Madrid, 1983) se integra en la División Azul en calidad de intérprete. En este trabajo se dan a conocer extractos del diario que Agié llevó durante el tiempo que tomó parte activa en la II Guerra Mundial (1941–1942). En el testimonio del autor se recogen escenas significativas abrigadas por descripciones costumbristas, reflexiones sobre la condición humana e incluso, puntualmente, evocaciones literarias –Cervantes, Gógol, Goncharov, Pushkin, Lérmontov o Chéjov–. Como apoyo documental se presentan algunas fotografías archivadas en uno de los álbumes fotográficos de Agié, cuya trayectoria se contextualizará, así como una carta dirigida a su padre, el crítico de arte Estanislao María de Aguirre, en la que le hacer ver que su viaje a tierras rusas tiene como exclusiva motivación su ansia de dominio de idiomas y su espíritu aventurero.

Palabras clave: Diarios; Segunda Guerra Mundial; Imanol Agié; Estudios vascos.

Las siguientes páginas tienen por propósito presentar escogidos pasajes del diario llevado por el filólogo bilbaíno Imanol Agié (1913–1983)¹ durante la Segunda Guerra Mundial, en la que tomó parte, como intérprete, en las filas de la División Azul.² En estas líneas no se desarrollan consideraciones políticas, históricas o ideológicas, sino que se cede directamente la voz al autor del diario. A lo sumo, se presenta alguna información puramente contextual y biográfica. Por lo demás, los pasajes seleccionados incorporan de por sí valoraciones morales que deben bastar para dotar de cierto relieve al pensamiento del protagonista.

Mi querido padre: hoy me decido a escribirte después de cuatro meses de silencio por mi parte. He deseado escribirte antes; pero no me ha parecido conveniente hacerlo estando aún reciente el disgusto que, contra mi voluntad, te ocasioné. Me hice perfecto cargo del golpe que recibirías al enterarte de mi decisión, mucho más teniendo en cuenta que acababas de regresar a nuestro lado. Espero que tu disgusto haya pasado ya y que atribuyas todo a mi temperamento inquieto. Mi deseo es que te hayas reconciliado conmigo y que, aunque sólo de vez en cuando, me dirijas algunas líneas. Por lo menos si me escribieras, al recibo de ésta, una carta en la que sólo me dijeras que me perdonas, me quitaría eso un gran peso de encima (Agié, 1941, s/p).

¹ El autor comienza firmando sus escritos como Manuel Aguirre, pero ya en su libro *La escritura en el mundo* (1961) encontramos que, mientras que en la solapa figura ese nombre, en la cubierta, en un lugar escasamente visible, por tanto, puede leerse Imanol Agié, euskarizando con ello el nombre y el apellido, este último conforme a la grafía propuesta por Sabino Arana.

² En el margen superior izquierdo de algunos de los capítulos, todos ellos mecanografiados, figura, tachada por el autor, la inscripción “Con la División Azul en Rusia”. Cabe suponer que se trataría de un título inicial, finalmente descartado.



Figura 1. Imanol Agirre. Bilbao.1936. Fuente: archivo familiar

Son las palabras con las que Imanol Agirre comienza la carta que le dirige a su padre desde Rusia, probablemente desde el frente de Nóvgorod, el 26 de octubre de 1941, pocos días después de la Batalla de Vóljov, en la que alemanes y españoles lograron vencer la resistencia rusa y, de este modo, ganar la orilla opuesta del río que da nombre a la batalla. El reciente regreso del padre al que se hace referencia en el escrito alude a la salida de prisión de Estanislao María de Aguirre, crítico de arte y bohemio bilbaíno,³ que en 1938 había ingresado en el Penal del Puerto de Santa María.⁴

Imanol Agirre, nacido en la Nochevieja de 1913, contaba, en el momento en que se redactan las líneas recién recogidas, con 27 años y, al paso que se procuraba una formación autodidacta que le permitía, ya por entonces, manejarse con soltura en árabe, ruso, polaco y algunos otros idiomas, se entregaba a la tarea de traductor, así como a la publicación de poemas, cuentos y ensayos en diferentes publicaciones periódicas. De entre estas obras iniciales cabe destacar una breve novela titulada *Sinfonía incompleta*, que había visto la luz en 1936 poco antes de iniciarse la Guerra Civil, en la que tomó parte, hasta el momento en que fue hecho prisionero, en el bando republicano.⁵ De su etapa temprana, exceptuando una serie de poemas compuestos en plena Guerra Civil,

³ Se trata de una figura conocida en los círculos estéticos y bohemios del Bilbao de inicios del XX. La información publicada sobre Aguirre es biográficamente contradictoria, si bien hay buenos estudios sobre su obra y legado a cargo de Kosme de Barañano y, en el marco de trabajos más generales sobre la cultura bilbaína de comienzos de siglo, de Javier González de Durana y Miguel Sánchez-Ostiz. Su libro *Gustavo de Maeztu* (1922), este último íntimo de Aguirre, de quien, parece ser, pintó un retrato hoy perdido, es considerado una joya de coleccionista. En el diseño del volumen, con cubierta en cuero repujado dorado y policromado, participaron Antonio de Gueza, Luis Bagaría y Luis Quintanilla.

⁴ Así, en la información conservada en el Archivo Histórico Provincial de Cádiz, en concreto en el Catálogo de Expedientes de Reclusos por Rebelión, consta que, tras ser sometido a un consejo de guerra, Estanislao María de Aguirre entró en prisión el 16 de agosto de 1938, obteniendo la liberación condicional el 7 de julio de 1941. En el trabajo “Apuntes biográficos sobre Estanislao María de Aguirre” (2020) he presentado alguna información sobre el autor, fundamentalmente centrada en dar a conocer su correcta fecha de defunción, 1958, dado que existían dos dataciones previas inexactas, la primera de ellas correspondiente al año 1938 y anunciada en el diario *La Vanguardia*, donde se señala que Aguirre ha sido condenado a pena de muerte y se llega a describir su fusilamiento; la segunda de ellas correspondiente a 1949.

⁵ Agirre comienza la contienda en el bando republicano. En 1937 es tomado prisionero, llevado a la cárcel de Vitoria, en la que permanece una semana, y trasladado al cuartel de infantería de Valladolid, donde se incorpora al ejército de Franco. En uno de los álbumes de fotos del autor se da testimonio de este suceso en el comentario que acompaña a una de las imágenes: “Incorporados ya al ejército de Franco y vestidos

no se ha conservado escrito alguno, ni aun siquiera un índice que dé testimonio de los libros traducidos o de los cuentos y ensayos publicados.⁶ Lo cierto es que no fueron estos ejercicios literarios, sino los estudios de lingüística comparada, su dedicación principal, a la que se entregaría sin interrupción desde su juventud y hasta su repentino fallecimiento en agosto de 1983.

Con todo, el propósito de estas páginas no es dar testimonio de su recorrido vital, sino de una muy concreta etapa de su biografía, de modo que es preciso regresar a la carta cuyas líneas iniciales se acaban de presentar. Avanzado este escrito dirigido a su padre, Agíre ofrece una sucinta idea de la labor de intérprete que realiza en el frente y de su comprensión de la experiencia bélica como parte de su educación autodidacta:

En realidad mi viaje es un viaje de estudios. [...] Mi viaje por Europa ha sido excelente, pues como iba en calidad de intérprete gozaba de comodidades extraordinarias. [...] Hasta ahora –lo digo sin pizca de modestia y con la satisfacción de quien ha aprendido solo los idiomas– no he encontrado a nadie que me haya aventajado en el terreno lingüístico [...] (Agíre, 1941, s/p).⁷

No se conserva una carta de respuesta, si es que la hubo, por parte del padre del autor de este fragmentario diario compuesto de, al menos, ocho capítulos.⁸ De ellos he seleccionado aquellos pasajes que me han resultado especialmente significativos tanto por su valor descriptivo y evocador, como por lo detallados que resultan a la hora de expresar la vivencia anímica del protagonista.

Las páginas iniciales del testimonio aportan, a modo de introducción, una imagen meramente informativa. El conocimiento de los hechos futuros permite advertir una reelaboración con posterioridad al momento descrito:

El campamento [...] al que llegará la primera División Española de Voluntarios a mediados del mes de julio de 1941, es un campamento modelo en el sur de Alemania [Baviera]. [...] [E]n lugar de pabellones severos y de grandes compañías [...], las casas del campamento alemán, agrupadas por letras y números correlativos, están aisladas, y sus habitaciones (*Stuben*) invitan al recogimiento y a la tranquilidad física y moral. [...] A últimos de agosto prometimos fidelidad al Führer.⁹ [...] Una compañía alemana rindió honores y una banda

de ‘pipis’ nos hicimos esta foto en el mismo lugar que la anterior [fotografía] el 20.7.37. Solíamos ir al Campo Grande, el parque de Valladolid, donde luego, ya solo, iba yo por las mañanas muy temprano y componía versos de soledad y nostalgia” (Agíre, álbum fotográfico). No se trata, este cambio de bando, de un hecho inhabitual en la Guerra Civil, en ocasiones llevado a cabo con independencia de la ideología del combatiente –léase al respecto el artículo de James Matthews, publicado en la revista *Ayer*, “Frentes porosos y lealtades fluidas: la movilidad de la tropa de leva entre los dos bandos durante la Guerra Civil Española”–. Cabe recordar, por mencionar un caso conocido al hilo de lo recién apuntado, que José Luis Sampedro, confeso anarquista, pasó, en ese mismo año 37, a integrarse en las tropas franquistas una vez fue hecho prisionero. En los escritos recogidos en uno de los álbumes de fotos de Agíre se presenta una sucinta descripción del puntual encarcelamiento que precede a su incorporación al ejército de Franco: “Perdido el Bizkargi, los pocos supervivientes que quedamos de mi batallón tomamos posiciones en el Cinturón de Hierro de Bilbao. Éramos blanco de las ametralladoras que nos disparaban de la retaguardia, del frente y de los flancos. [...] Solo y perdido en el frente, bombardeado por los Junkers y ametrallado por los cazas alemanes, logré introducirme en un nido de ametralladoras donde había una docena de milicianos y un capitán de Euskadi. Aquí fuimos hechos prisioneros y trasladados a Larábetzua, de donde nos llevaron a la prisión de Vitoria. Varios días después, a través del ventanuco con barrotes en lo alto de la celda, oí gritos de que Bilbao había caído en poder del enemigo” (Agíre, álbum fotográfico). Cabe añadir que los álbumes de fotos de Agíre están perfectamente datados y se acompañan de descripciones que permiten recomponer concretos hechos biográficos. Resulta destacable el que estos comentarios se presentan en inglés, francés, euskera, español, ruso y alemán, todo ello en función de variables como el lugar en el que se toman las fotografías, el idioma de quienes en ellas aparecen o el de las canciones que, puntualmente, se rememoran.

⁶ De modo muy similar a lo que ocurrió con la obra de su padre, sólo fragmentariamente conservada.

⁷ La lista de idiomas que el autor llegó a dominar es amplia, si bien imprecisa, destacando, por lo inhabitual al menos en su época, su dominio del chino, del árabe o de algunas lenguas eslavas, aprendidas todas ellas de forma autodidacta ya desde temprana edad.

⁸ Correspondientes a los conservados por quien escribe estas páginas.

⁹ Dado que, como queda reflejado en este escrito –en referencia a las anotaciones de Agíre, no ya a la información que, fundamentalmente en notas al pie, acompaña al mismo, sin duda de escasa relevancia para el lector dada la relación directa que une a quien esto escribe con el protagonista del diario–, no hay el menor rastro de antisemitismo en Agíre, como tampoco de simpatía alguna por las ideas del régimen que abocaba a una pronta ruina a Alemania, en el marco en el que fue presentada esta comunicación se debatió entre los asistentes, conocedores de la materia, el motivo que pudo haber llevado al autor a alistarse en la División Azul. Por de pronto, y según se expuso entonces, no se trata de un fenómeno inusual. Si bien la opción que, conforme al juicio de una de las personas sentadas en la sala, en ese momento prevaleció fue la de que Agíre quisiese favorecer, con tal decisión, la exculpación de penas políticas entre su familia –ya se ha señalado que el padre fue hecho preso debido a su lealtad a la República–, particularmente me inclino por una explicación próxima a lo que el autor deja anotado en la carta a Estanislao María de Aguirre.

de música ejecutó la marcha militar de parada. Se nos ofreció una pequeña tumba en el hielo de las estepas rusas con la cruz y el casco. Era el bautismo de guerra. Y estábamos preparados para el bautismo de fuego (Agífe, 1941–1942, s/p).

El recorrido que, a través de Centroeuropa y del Báltico, les habría de llevar a las proximidades de la sitiada Leningrado, pasa a ser descrito en el capítulo “Mil kilómetros a pie a través de Polonia, Lituania y Rusia”, acaso continuación del recién presentado, si bien no hay numeración alguna que lo pueda ratificar:

Desde el Bajo Palatinado hasta Suwalki, pasando por Nürnberg, Plauen, Zwickau, Chemnitz, Dresden, Berlin y las dos Prusias, el transporte militar en que viajamos invierte cuatro días con sus correspondientes noches. Hemos llegado al célebre corredor polaco donde saltara el primer chispazo de la segunda guerra mundial, y sus localidades (Mosznitz, Konitz, Frankenhagen, Petztin, Sehlen) tienen ya sabor histórico. A la altura de Graudenz atravesamos el Vístula sobre el gran puente de hierro que lo cruza. La primera estación polaca es Raczki. El tren continúa hasta Suwalki, que me trae a la memoria sucesos de la guerra de 1914–18 [...]. El paisaje [añade poco después el autor] ha cambiado por completo. Estamos en Polska, el país de las llanuras. El tren se desliza sin fatiga por la dilatada pradera, entre ubérrimos campos floridos o inmensos patatales. Numerosos caballos de largas crines y bella estampa pastan la fresca y abundante hierba de los prados. El *dom* polaco es ya, casi sin diferencia, la *izbá* rusa (Agífe, 1941–1942, s/p).

Tras estas descripciones de tono bucólico, el relato cobra progresivamente un aire más neutro y analítico:

En Suwalki empiezan las marchas a pie, y al cabo de unos treinta kilómetros llegamos a Seiny, donde termina la primera etapa. Durante más de un mes recorreremos un promedio de treinta kilómetros diarios. Las marchas son en extremo fatigosas, pues, aparte de que todavía hace calor –estamos a últimos de agosto– y de que el uniforme alemán es de mucho abrigo, el equipo que llevamos –fusil, correa y munición, tienda de campaña que hace a la vez de impermeable personal, casco, caretas antigás, preservativos contra la hiperita [el temido gas mostaza], pala individual, rancho de hierro– es de un peso agobiador. Antes de amanecer se toca diana en el campamento [...]. Cuando llegamos a esta meta diaria [en referencia al punto en el que han de pernoctar] estamos materialmente agotados; nos dejamos caer, incapaces de dar un solo paso más. Hay muchos aspeados, algunos con verdaderas llagas en los pies; pero los hombres se muestran hasta el final más fuertes que las bestias y por el camino van quedando caballos reventados, muertos o enfermos.

Nunca he sabido por qué se nos hizo andar, a marchas forzadas, reventándonos con un equipo más propio por su peso para un caballo que para un hombre, más de mil kilómetros. Según unos, fue una fanfarronada del general Muñoz Grandes, jefe de la División Azul, para demostrar a los alemanes que el soldado español es sufrido y fuerte y era capaz de llegar al frente andando. Según otros, era debido a que los alemanes no disponían de medios de transporte en aquellos momentos. Pero esta última versión me parece improbable. Sea lo que fuere, lo cierto es que durante más de un mes, día tras día y sin más descanso que unos minutos para comer, caminábamos a marchas forzadas desde antes de amanecer hasta bien entrada la noche. En una ocasión, durante nuestra interminable y penosa marcha hacia el frente, vimos una columna motorizada alemana que durante muchas horas estuvo pasando por nuestro lado con dirección al frente. Experimenté un sentimiento de vergüenza e indignación al ver cómo se trasladaban los alemanes cómoda y rápidamente mientras nosotros, como un ejército de pordioseros, cojeando unos y rendidos todos, íbamos agotándonos estúpidamente en una marcha sin fin (Agífe, 1941–1942, s/p).

Una vez anotadas estas líneas de introspección psicológica, Agífe pasa a describir situaciones que, necesariamente, pasan a juzgarse desde premisas morales:

Radún (Radom) es un pueblo habitado casi exclusivamente por judíos. Junto a la carretera está el cementerio, las lápidas de cuyas tumbas ostentan inscripciones en hebreo. La casi totalidad de las casas tiene un cartel que dice: Hier wohnen Juden (aquí habitan judíos). Los hebreos están marcados en el pecho y en la espalda con una estrella amarilla. El trato dado por los alemanes a los judíos es de lo más inhumano. Se observa que es un odio de raza y no un odio particular a determinados individuos. Me hablaron de un hebreo de edad avanzada que hablaba perfectamente varios idiomas y prestaba sus servicios como intérprete en un hospital de Riga donde había alemanes y españoles. A pesar de que los alemanes utilizaban sus servicios, el anciano no se sentía seguro y solía decir: 'Me matarán. Sé que cualquier día me matarán' [...].

Por las carreteras nos cruzamos con una interminable columna de prisioneros rusos. Van encerrados en un alambre de espinos que ellos mismos sujetan. Entre ellos abunda el tipo mongólico, de prominentes pómulos y color amarillento oscuro. Caminan penosamente, custodiados por soldados lituanos. Sus caras famélicas, sus pies ensangrentados –son muchos los que van descalzos–, la depresión moral y física que denotan sus rostros y sus cuerpos hablan con elocuencia de largas jornadas a pie hacia los campos de concentración alemanes. Algunos, enfermos o heridos, van montados en *telegas* que conducen también rusos. Nos causan verdadera lástima y, al pasar, les arrojamos pitillos. Si alguno no puede continuar la marcha y cae exhausto al suelo, un soldado le levanta de un tiro la tapa de los sesos. Unos cuantos prisioneros más o menos en la dantesca caravana es cosa de poca importancia. Durante un largo trayecto vamos encontrando, a lo largo de la carretera por donde ha pasado la columna de prisioneros, buen número de éstos tumbados en la cuneta. Son las huellas sangrientas que va dejando tras sí la doliente caravana.

Pasamos por el teatro de la guerra, y los vestigios de la colosal batalla son cada vez más recientes. Grodno está casi totalmente destruido. Desde la región de Bialystek hasta Minsk, la capital de la Rusia Blanca, el suelo está materialmente cubierto de carros de asalto soviéticos destrozados o inutilizados y los tanques se amontonan en las cunetas y a la entrada de los bosques. De vez en cuando alguna tumba aislada con la cruz y el casco o con el gorro negro del *Schwarzes Korps*. De tarde en tarde se encuentra también alguna tumba con el gorro de un jefe soviético. Pero las tumbas de los soldados de la *Krásnaya Armija* no se ven. Los soldados rusos duermen su sueño eterno en lugares ignotos, en fosas comunes sin ningún distintivo que las delate. Los alemanes los han enterrado de prisa para perseguir sin tregua al enemigo [...].

La Rusia Blanca es muy pobre y sus habitantes parecen mendigos. Visten grandes tabardos acolchados, cubren su cabeza con mugrientas y descoloridas gorras de visera y van casi todos descalzos, tal vez a consecuencia de la guerra. Sólo al aparecer la nieve se ponen sus botas de fieltro.

Un aspecto característico presentan en Rusia las aldeas y los arrabales extremos de las ciudades por donde ha pasado la guerra. Puede decirse que no quedan escombros, pues de las casas de madera incendiadas sólo queda una pila de ladrillos que antes constituyó el hogar y la chimenea, y cuesta trabajo comprobar que eso es el único resto de una casa. Entre las cenizas no se encuentran ni clavos, pues los rusos no los utilizan para la construcción de sus *izbás*, ya que los troncos de que están hechas van ensamblados y encajados unos en otros por medio de muescas.

Vitebsk está totalmente destruido. Aquí embarcamos nuevamente en el tren después de mil kilómetros de marchas a pie a través de Polonia, Lituania y la Rusia Blanca. El frío es cada vez más intenso. En los vagones en que viajamos –furgones con bancos, habilitados para el transporte de tropas– nos hacemos una rudimentaria calefacción escondiendo fuego sobre una plancha de hierro o dentro de algún cubo o lata grande que nos hemos procurado.

El 9 de octubre llegamos a Mal. Podshivalowa, a 25 kilómetros de Leningrado. Estamos en la Gran Rusia y en el teatro de la gran guerra (Agífe, 1941–1942, s/p).

En este punto, con la llegada a las inmediaciones de Leningrado, concluye el capítulo “Mil kilómetros a pie...”, del que he presentado algunos extractos. Es en torno a esta fecha, sólo pocos días después, cuando Agífe escribe la carta dirigida al padre con la que se ha comenzado este recorrido y en la que apenas se hace referencia al contexto bélico.¹⁰ El siguiente capítulo que paso a presentar es el tercero del diario. Con el título “La chabola”,¹¹ en él se da testimonio del refugio en el que Agífe permaneció ese largo invierno de 1941–1942. Dado que su condición de intérprete le aseguraba una situación más cómoda que la de la mayor parte de voluntarios, Agífe gozó de la posibilidad de instalarse en un refugio individual donde pudo pasar la gélida estación. Paso a exponer, de este capítulo, algunos pasajes significativos:

Junto al fuego, y al resplandor de las llamas, leo, escribo o estudio cuando no tengo servicio de centinela o cuando no me llaman para interrogar a algún ruso o para traducir alguna orden alemana.

Mi chabola es un pequeño infierno donde no se podría parar si fuese posible estar fuera. El reducido espacio está lleno de humo, y envuelto por la nube de humo negro que produce la madera de pino resinoso me hallo yo. Tengo todo el aspecto de un deshollinador, y mi garganta y mis pulmones no están menos tiznados que mi cara y mis manos. Al espetar, la saliva sale negra como la pez. Todos los objetos que hay en la chabola están tiznados de hollín. [...] El sistema nervioso se relaja dentro de este recinto insalubre moral y materialmente. [...] El campamento de chabolas subterráneas está totalmente oculto y camuflado por el hielo. [...] La estepa rusa, cuando sopla furioso el norte y todo es un inmenso témpano de hielo, es inhóspita, y desafiarla equivale a desafiar a la muerte. (Agífe, 1941–1942, s/p).



Figura 2. Refugio invernal de Agífe (en el centro de la imagen, a la entrada del mismo). Rusia, 1941. Fuente: archivo familiar.

La descripción recién presentada puede complementarse con algunas de las anotaciones que encontramos en los álbumes fotográficos del autor del diario, y así, en uno de estos álbumes, bajo la entrada “Rusia 1941” y junto a la imagen del refugio invernal arriba presentada, puede leerse: “Mi ‘Bunker’ en el frente durante el invierno de 1941–1942. Apoyado en la nieve, a la entrada del Bunker, Imanol.¹² Por la noche, mientras yo leía a la luz que me había fabricado con una botella de gasolina, un ratón de la estepa

¹⁰ Sin duda con el fin de evitarle una innecesaria preocupación y de acentuar un enojo derivado no sólo del riesgo para el hijo sino, probablemente, del impacto que su incorporación a la División Azul hubo de suponer a ojos de quien, en reiteradas ocasiones, ya desde un cuarto de siglo atrás, había encontrado problemas con la justicia a raíz de su ideología a medio camino entre el republicanismo y la acracia. De ello he dejado constancia en el trabajo “Apuntes biográficos...”, referenciado en la bibliografía.

¹¹ El autor opta por la grafía, hoy en desuso si bien aceptada por la RAE, ‘chavola’.

¹² La referencia a sí mismo en tercera persona es habitual en los escritos de Agífe. Tras leer algunas de sus cartas y textos biográficos guardo

se paseaba junto a mí: nunca faltaba a la cita nocturna y nos contemplábamos mutuamente largo rato” (Agíre, álbum fotográfico). Las evocaciones del placer procurado por la lectura y el pensamiento son constantes en sus escritos y, podría decirse, dotan de cierto relieve a su naturaleza al presentarla desnuda, sin el envoltorio proporcionado por una u otra actividad rutinaria. Pero no es éste el lugar para hablar del amor hacia la lectura y el estudio por parte de Agíre, al menos de modo exento y despojado del fondo que constituyen los hechos narrados en el diario, a cuyas páginas regreso.

Si bien el capítulo más logrado desde un punto de vista literario es el que tiene por nombre “La baña” –sin enumerar–, veo conveniente hacer omisión de él ya que, justamente debido al marcado carácter narrativo que posee, obligaría, para no dañarlo, a su exposición íntegra.¹³ Paso en consecuencia a recoger algunas líneas de las páginas agrupadas bajo el título “Invierno en la estepa”, correspondiente al capítulo VII del diario:

Corre el mes de enero y el mercurio, como si tratase de escapar de la prisión que lo retiene, corre también en su loca carrera descendiente. [...] El termómetro marca 52 grados bajo cero. Algún viejo campesino ruso me ha dicho, más tarde, que desde algunos años atrás no se ha conocido un invierno tan crudo. [...] Se ha terminado la leña en la chabola y hay que ir a buscarla. En las chabolas se hace gran consumición de este combustible. Sin fuego no se puede vivir, porque esto significaría la muerte en breve plazo. Salimos con un trineo que arrastramos nosotros mismos, pues andamos muy escasos de caballos, ya que los que traíamos de Alemania se fueron quedando, en su mayoría, en el camino durante las marchas a través de Polonia, Lituania y Rusia. [...] El aliento, al atravesar el pasamontañas, se solidifica sobre ésta y las lágrimas se hielan instantáneamente, pegando los párpados hasta el punto de quedar cerrados nuestros ojos. Los pies son la parte del cuerpo que más sufre. [...] La estepa rusa impone por su soledad y silencio. El cielo y la tierra parecen unirse en la línea del horizonte invisible. Ni un matiz, ni una nota discordante en cuanto abarca la vista. Es una sábana inmensa que todo lo envuelve, todo lo penetra y todo lo contagia. Se tiene la sensación de la soledad en la inmensidad. Una voz, un ruido cualquiera son cosas extrañas en el silencio absoluto de la imponente soledad esteparia. [...] (Agíre, 1941–1942, s/p).

la impresión de que no obedece exclusivamente a un sentimiento de orgullo o, si así quiere interpretarse, de inmodestia, sino también –aun cuando ello forma parte, en verdad, de un mismo aspecto del carácter–, al esfuerzo por poner distancia respecto de su mundo emocional, visiblemente dañado. Esto se advierte incluso en sus escritos más íntimos, y así, al cierre de una muy tierna carta escrita a su hija Carmen en el año 64, puede leerse, a modo de firma, “Imanol”. Hay que recordar que Agíre pierde relativamente pronto a su madre en circunstancias trágicas, mientras que el padre es un conocido personaje de la bohemia bilbaína, posiblemente poco inclinado hacia la vida familiar. Del matrimonio, uno de los hijos –Luis– muere, siendo aún niño, atropellado por un tranvía no lejos de la casa de la familia, ubicada en Carnicería Vieja, y otro –Pepe– fallece al inicio de la Guerra Civil. La aludida necesidad de distancia acaso puede apreciarse en la forma, neutra, en que Agíre da cuenta de este último suceso en uno de sus álbumes. Junto a la fotografía del hermano se lee que Joseba Mirena Aguirre –Pepe– muere “[...] en el frente de Udala apenas incorporado a un batallón de Euskadi. Las esquelas mortuorias las posee Raimundo, quien me envió una cuando yo me encontraba en el frente de Bizkargi Mendia, donde en aquellos días (y noches) se libraban encarnizados combates. Estas serían de las últimas batallas en que tomé parte” (Agíre, álbum fotográfico). Merece la pena añadir que en la siguiente imagen, junto a una fotografía de su hermano Estanis datada en el año 48, Agíre anota que ésta fue tomada en Francia y que el hermano se encuentra “[...] ya repuesto de los sufrimientos padecidos con los alemanes durante la guerra” (Agíre, álbum fotográfico). Por lo demás, del otro hermano al que se hace referencia en estas anotaciones –esto es, Raimundo–, ha quedado un grueso tomo de poemas inéditos titulado *Asonancias de medianoche. Poemas de la vida para pensar en la muerte – Poemas de la muerte para pensar en la vida*. El manuscrito data del año 1977 y los poemas que en él encontramos se corresponden con la, al parecer y según llegué a oír en boca de sus familiares próximos, afligida vida del autor. En uno de estos poemas se evoca la figura del abuelo de Raimundo Aguirre, el empresario bilbaíno Zoilo Luis de Aguirre: “Me traías caramelos y chucherías / colmándome de ilusiones. / Luego en tus rodillas me sentabas, / mientras sonreías. / Con los dedos sobre la mesa / tamborileabas / viejos vals de Strauss. / Tus barbas / luengas y blancas / imponían respeto y veneración. [...] Nos veremos otra vez ¿verdad? / Te necesito / ¡Estoy tan solo! [...]” (Aguirre, Raimundo s/p). Llama la atención el que en un momento de pesar, recién perdida la mujer –figura presente a lo largo del poemario–, Raimundo Aguirre añore no la figura del padre –Estanislaio María de Aguirre– sino la del abuelo, figura, según parece, cálidamente recordada, por su bondad, por el autor del diario.

¹³ Se trata de un capítulo en el que se advierten con claridad sus preferencias literarias, pues resuenan en él ecos de Gógol, Goncharov y Dostoievski, en referencia a aspectos del folclore ruso en los que emerge, difuminando preocupaciones vitales, el lado bondadoso e incluso alegre de las gentes. Esta atención a la bondad y generosidad permea los escritos de Agíre, quedando patente que constituían dos cualidades especialmente apreciadas por el autor.

Conforme al modo habitual de narrar del autor se alternan, en este testimonio, pasajes de fría descripción con otros de indagación psicológica y moral, y así, su escritura pasa, líneas después, a guiarse por un tono más cálido, más humano:

Jutin es una pequeña aldea, a un kilómetro de la línea de fuego, a donde los soldados de la posición van a proveerse de leña. [...] La aldea está desierta. La mayor parte de la población civil huyó con los rusos; los que se quedaron fueron evacuados a otras aldeas de la retaguardia. [...] En esta aldea encantada, de árboles y matorrales de cristal, sumida en el encanto de la quietud y del silencio, hay evocaciones de cuentos de hadas y de leyendas de los pueblos del norte. [...] El interior de las casas ofrece ya un aspecto muy distinto al del exterior. El saqueo inevitable ha dejado sus desagradables huellas. Los cajones de los armarios, abiertos y vacíos; iconos, libros religiosos y objetos diversos sobre el fogón; ropas de todas clases en desorden por el suelo y colgando al exterior de los cajones. Y muchas de estas casas, como en las de todo el mundo por donde ha pasado la guerra, ofrecen una nota sentimental y dolorosa. En un rincón yace olvidada una muñeca mutilada o un juguete abandonado, o una ropita de niño que la madre guardaba amorosamente en algún baúl y que una mano despiadada ha arrojado al montón informe de heterogéneos objetos. Entre estas cosas encuentro y recojo alguna obra de Gogol, de Chéjov, de Pushkin y de Lérmonov. Los libros religiosos abundan y las estampas e iconos no faltan en ninguna *izbá*. [...] A mediodía me traslado al puesto de mando para interrogar a un ruso que se ha pasado a nuestras líneas. [...] De regreso a mi posición me sorprende la noche. Sopla con furia el vendaval que arrastra grandes cantidades de nieve en forma de menudos copos, y, aunque no nieva, la nieve se va amontonando sobre el hielo y hace penosa la marcha. Las huellas de caballos, hombres y trineos han desaparecido bajo la gruesa capa de nieve que va en aumento, y es fácil desorientarse en la estepa igual y sin confines. La falta de puntos de referencia se agrava con la presencia de la noche, y cuando me detengo dudoso debe hacer ya mucho tiempo que me he despistado. Me percaté de ello al comprobar que, si fuera por el camino, no me hundiría tanto en la nieve. La marcha por la nieve fatiga mucho y la única ventaja es que desaparece la sensación de frío. Creí reconocer unos matorrales y me dirigí hacia ellos; pero antes de llegar me vi obligado a detenerme para tomar aliento. Me hundía en la nieve hasta las rodillas y me costaba verdaderos esfuerzos dar un paso. Al cabo de mucho tiempo de vacilaciones, de andar y desandar varios metros, quedé hundido en la nieve hasta los muslos. Estaba jadeante y desalentado. Junto a mí había huellas de lobos. Me percaté entonces de que no había traído armas, ni siquiera machete, y me di cuenta de que era una imprudencia y una temeridad pasearme así por lugares donde no solamente había lobos, sino también *partizany*, francotiradores rusos infiltrados en nuestra retaguardia. [...] Haciendo esfuerzos extraordinarios lograba sacar una pierna que luego hundía más al pretender dar un paso en distinta dirección. Sentíame furioso e impotente, sudoroso y agotado. Hubiera querido gritar, pues estaba convencido de que no debía hallarme lejos de las posiciones; pero no era prudente dar voces, pues los *partizany* podrían oírme y no estaba en condiciones de defenderme.



Figura 3. Agiré, a la izquierda, en la estepa nevada. Rusia, 1941. Fuente: archivo familiar.

No era la primera vez que me extraviaba en la nieve. Incluso de día me había perdido varias veces. Y la impresión desoladora que sobrecoge el espíritu es la de una muerte cierta, en medio de la estepa sin confines donde apenas se puede caminar, de hambre y de frío.

En las circunstancias presentes me consolaba la idea de que, tan pronto apareciese el nuevo día, podría orientarme, pues tenía la convicción de que no podía haberme alejado mucho de nuestras posiciones. No obstante, tenía que procurar buscar una salida antes del amanecer, pues hundido en la nieve hasta las ingles me habría helado con seguridad en pocas horas. Siguiendo mis propias huellas empecé a desandar el camino andado, metiendo los pies en los mismos hoyos que había hecho al venir para reducir el largo y penoso trabajo. Al cabo de algunos metros de retroceso ya no me llegaba la nieve más que hasta las rodillas, y a veces sólo hasta la mitad de la pantorrilla. Procurando alejarme de las inmediaciones de los matorrales, que es donde la nieve se amontonaba y tenía varios metros de altura, caminé despacio y con precauciones durante varias horas, al cabo de las cuales llegaron hasta mis oídos los golpes secos de un hacha. La noche era oscura y no podían precisarse los objetos a algunos metros de distancia, a pesar de que la nieve, incluso en las noches más negras, aumenta la visibilidad. Encaminé mis pasos hacia el lugar de donde parecía provenir el ruido de los hachazos, y al cabo de algún tiempo percibí voces, sin poder distinguir, empero, si hablaban español, alemán o ruso. En las posiciones enemigas no podía hallarme, pues aunque el río que separaba los dos frentes estaba helado y cubierto de nieve, para llegar a aquéllas habría tenido que atravesar la línea propia y, por consiguiente, encontrarme con los centinelas. Deteniéndome a menudo y aguzando el oído, el leñador y las voces que de cuando en cuando oía me iban orientando. Así caminé durante mucho tiempo, teniendo con frecuencia que desandar lo andado porque me hundía demasiado en la nieve que imposibilitaba mis movimientos.

De pronto me encuentro ante una alambrada y unos caballetes. Estoy totalmente desorientado. Jamás he visto esta posición. Al poco rato tropiezo con un centinela que ha estado viéndome venir sin echarme el alto. Estoy en mi posición, y al cabo de un momento de conversación con mi camarada aún no he salido de mi asombro. Un trago de *vodka* y unas tostadas con mantequilla junto al reconfortante fuego en la chabola me reaniman y desentumecen mis miembros ateridos.

¡Cuántas sorpresas depara la estepa y qué fantásticos caprichos tiene la inmensidad nevada, desolada e imponente! Como para el mar encrespado son los buques meras cáscaras de nuez, son también para la estepa los hombres risibles e inertes juguetes! (Agíre, 1941–1942, s/p).

El último de los pasajes que recojo se corresponde con el capítulo VIII, con el que se cierra el diario, o al menos cuanto conservo del mismo. Lleva por título, como el relato de Dostoievski –admirado por Agíre–, “Las noches blancas”. En él domina la mirada evocadora, la distancia contemplativa desde la que el autor a menudo testimoniaba, incluso en circunstancias visiblemente poco propicias para ello, los acontecimientos:

Las horas apacibles de la madrugada, desde las doce de la noche hasta las tres o las cuatro de la mañana, tienen un encanto indescriptible. A través de los cristales de la ventana contemplamos este bello espectáculo y nuestras charlas adquieren un tono característico de quietud. Todos duermen en la aldea rusa, y el silencio que nos envuelve parece un hechizo. Solamente, a eso de la una, la luz tiene un matiz crepuscular. No puede decirse que es de noche, pero tampoco es exactamente de día, no sólo por la luz, sino por la falta de bullicio y de movimiento. Son esas horas particularmente bellas y las más a propósito para el estudio, la meditación y la vida contemplativa; las horas adecuadas para el sabio, el poeta y el místico. El lirismo poético tiene en esas noches blancas vuelos insospechados y el análisis subjetivo adquiere un desarrollo extraordinario.

En plano mes de junio hay también días de lluvia y viento y hasta hace frío. Entonces aumenta el encanto de estos largos días estivales cuando, encerrado en la *izbá*, contemplo a través de los vidrios la lluvia que azota las

ventanas. Son días llorones y melancólicos. La aldea, como en la época invernal, está desierta aparentemente, porque los vecinos se han recluso en sus casas. Leo a Pushkin o a Lermontov. De pronto, levanto la cabeza. Una voz bien timbrada, argentina y fresca llega hasta mis oídos con notas alegres y mesuradas. [...] [El autor evoca, y transcribe a continuación, *Katiusha*, una conocida melodía rusa, y tras ello concluye:] Qué bien canta *Katiusha* esta muchacha cuya voz llega hasta mis oídos! ¡qué *Katiusha* tan melancólica y amorosa presenta a mi imaginación! [...] Y es verdad que entonces florecían los manzanos y los perales, verdad que sobre el río se cernían las nieblas [...] (Agífe, 1941–1942, s/p).¹⁴

La información presentada en estos últimos pasajes encuentra continuidad en la entrada “Primavera en Rusia. 1942” de uno de sus álbumes fotográficos. Bajo esa referencia, junto a algunas otras anotaciones, escribe Agífe:

Y aquí termina la aventura de Rusia. El 20 de junio atravieso la frontera ruso–estonia: el terreno no es tan llano como en Rusia. Muchos pinares y arbustos. Por la tarde paso la frontera leto–lituana. Son características las iglesias con sus puntiagudas torres tetraédricas. Por la noche llego a Riga, donde hay iglesias rusas con sus bóvedas plateadas y las características de Estonia y Lituania. Muchas lilas.

21 de junio: Pasamos la frontera prusiana por Tilsit. 22: entro en Polonia. Otra vez el país de las llanuras con sus verdes y ubérrimos campos (Agífe, álbum fotográfico).

El estado parcial del testimonio que se ha presentado no impide el que uno pueda formarse una idea de su tono por momentos evocador, por momentos reflexivo. El grado de reelaboración del diario me resulta desconocido, pues si bien el texto fue trabajado con posterioridad a los hechos narrados, conocer en qué medida el estado actual varía respecto del original resulta, en principio, imposible. A su regreso a España, Agífe se asienta nuevamente en Bilbao hasta muy avanzada la década de los cuarenta y, tras un breve periodo en la capital de Francia en el que, entre otras actividades, trabajó en algunos escritos filológicos firmados como Emmanuel Aguirre, se instala brevemente en Barcelona y acto seguido en Madrid, donde publica, en 1961, su trabajo *La escritura en el mundo*. Con el paso de los años los estudios de Agífe tienen por objeto la historia del pueblo y de la lengua vasca y, en línea con esta preocupación, nace su libro *Vínculos de la lengua vasca con las lenguas de todo el mundo*, publicado en 1980.¹⁵

La empresa continuará, ya en los últimos años de su vida, con un proyectado *Diccionario etimológico de la lengua vasca*, trunco a la conclusión del tercer volumen tras una vida de estudio y de soledad intelectual.¹⁶ Once días antes de su fallecimiento estaba

¹⁴ Dada la belleza de la composición, no está de más incluir el enlace a la misma: https://www.youtube.com/watch?v=4E_3lfS3HTo. No se trata de la única canción evocada por el autor en sus anotaciones bélicas, y así, por ejemplo, en las páginas de uno de los álbumes de fotos se detiene en la no menos conocida –pero, ciertamente, más hermosa– *Lily Marleen*, aquí en voz de Marlene Dietrich: <https://www.youtube.com/watch?v=hZAV4hsP5WU>

¹⁵ La hipótesis manejada en este libro, en el que el autor compara la estructura de un millar de lenguas, puede sintetizarse por medio de un pasaje tomado del artículo de Agífe “El origen de la escritura y del lenguaje”, donde se lee que, fruto de sus “investigaciones en el campo de la lingüística comparada [se] demuestra que el euskera es una lengua paleolítica y que los elementos de su estructura morfológica se han conservado en todas las lenguas del mundo, desde las más antiguas hasta las que se hablan actualmente” (Agífe, 1981, 52). La prevalencia hoy de hipótesis contrarias a la monogénesis lingüística –además de distantes en lo tocante al marco temporal y espacial apoyado por Agífe–, no despoja de valor el trabajo, o parte del trabajo realizado por Agífe. Si bien su ideología condiciona de principio a fin su hipótesis –cosa, en mayor o menor grado, común al investigador, sea de modo consciente o simplemente por participar de uno u otro paradigma y de sucesivas esferas epistemológicas necesariamente relativas–, sería torpe, aunque (o precisamente por ello) humano, rechazar a un tiempo el estudio comparativo que presenta en sus trabajos.

¹⁶ Acaso no haya testimonio más significativo, y por ello revelador de este aislamiento, que el hecho de que Agífe haya llegado a ser tenido como un personaje de ficción creado por Barry Fell con el propósito de apuntalar y validar sus hipótesis en torno a la temprana llegada de los vascos a América. En fecha tan reciente como 2010 aún es posible leer en *The Epigraphic Society Occasional Papers* un artículo en el que su autor, Robert W. Lebling, se ve en la necesidad de reivindicar la existencia de Agífe: “Most archaeologists have totally rejected Fell’s work on this and other pre-Columbian topics. Some have attacked him as an ‘imposter’. A few scholars, however, have stood by controversial Harvard scholar, including a Basque etymologist and epigrapher named Imanol Agire, who has endorsed Fell’s theories about Basque influence in pre-Columbian America. (One academic critic went so far as to claim that Imanol Agire didn’t even exist. But Agire is real, and the author of a hefty, 629-page linguistics text called *Vínculos de la Lengua Vasca con las Lenguas de Todo el Mundo* (*The Basque Language’s Ties with the Languages of the World*) (1980), available in major U.S. libraries.)” (Lebling 143). Existe algún otro puntual testimonio, además del

prevista su participación en un simposio que iba a celebrarse en Vancouver, en el que iba a presentar su hipótesis sobre el origen del lenguaje –en una mesa en cuyo diseño inicial figuraba, entre otros investigadores, el reconocido lingüista Derek Bickerton–.¹⁷ La invitación había corrido a cargo de Barry Fell, por entonces catedrático emérito por la Harvard University y uno de los escasos vínculos de Agiré –todos ellos fuera de nuestras fronteras– con el mundo intelectual en sus últimos años de vida.¹⁸ El motivo por el que Agiré finalmente no acude a Canadá resulta desconocido para el autor de estas páginas. La Sociedad Epigráfica, fundada y presidida en los años 70 por el propio Fell, trabajaba, por esas fechas, en la inminente publicación de los primeros tomos del *Diccionario*. La obra, quedó acordado, se iría editando, tomo por tomo, por el servicio de publicaciones de la prestigiosa sociedad. Llegaron a ver la luz, en 1983, los dos primeros volúmenes, hoy inencontrables; el tercero permanece inédito.¹⁹ Hablar de este último periodo sería hacerlo de una obra desmembrada y un proyecto intelectual, con sus errores y aciertos, drásticamente interrumpido. Confío en que pueda disculparse el tono próximo, incluso puntualmente encomiástico, de este breve escrito. El lazo familiar no me obliga, pero me predispone a ello. Sin duda, el buen lector sabrá desvincular el componente afectivo de estas notas de aquellos hechos objetivamente neutros.

Bibliografía

- Aguirre, Guillermo. “Apuntes biográficos sobre Estanislao María de Aguirre, defensor de una estética vanguardista en el Bilbao de principios del XX”. *Discursos al margen. Voces olvidadas en la lengua, literatura y cine español e italiano contemporáneos*. Teresa Fernández Ulloa, Miguel Soler Gallo (eds.). Palermo: Palermo University Press, 2020. 611-624.
- Aguirre, Raimundo. *Asonancias de medianoche. Poemas de la vida para pensar en la muerte – Poemas de la muerte para pensar en la vida*. Inédito, 1977.
- Agiré, Imanol. Álbum fotográfico. Archivo familiar.
- Agiré, Imanol. Carta a Estanislao María de Aguirre. 26 de octubre de 1941. Archivo familiar.
- Agiré, Imanol. Diario de la II Guerra Mundial. 1941–1942. Archivo familiar.
- Agiré, Imanol. “El origen de la escritura y del lenguaje”. *The Epigraphic Society. Occasional Publications (ESOP)* 9.1 (1981): 49-55.
- Lebling, Robert W. “The Susquehanna Stones – An Enduring Enigma”. *The Epigraphic Society Occasional Papers (ESOP)* 28 (2010): 138-145.
- Matthews, James. “Frentes porosos y lealtades fluidas: la movilidad de la tropa de leva entre los dos bandos durante la Guerra Civil Española” *Ayer* 111 (2018) (3): 53-77. Recuperado de: <https://www.revistamarcialpons.es/revistaayer/article/view/frentes-porosos-y-lealtades-fluidas-la-movilidad-de-la-tropa-de/1344> [consultado el 10 de enero de 2024].
- Tiό, Aurelio. “Puerto Rico en la Historia Hispanoamericana”. *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia* XII. 41 (1990): 190-219.

referido por Lebling, en el que se afirma la inexistencia de Agiré. Junto a ello, y de modo anecdótico, llama la atención el que en el *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia* (1990), en un trabajo firmado por Aurelio Tiό, director de la institución, se le presente como clérigo: “El sacerdote y filólogo vasco Imanol Agiré (Manuel Aguirre) efectuó un estudio muy valioso de la lengua vasca en colaboración con el Dr. Barry Fell” (Tiό 213). La continuación del texto posee interés debido a la valoración que Tiό hace del trabajo de Fell y de Agiré: “Entre ambos se logró un adelanto tan considerable de tal misterio de siglos, que parece ser casi decisivo y terminante. El hallazgo de los signos del silabario vasco en varias regiones de los Estados Unidos, como en el valle del Susquehanna, en Guayanilla en Puerto Rico, la isla de Aruba, Chiriquí entre Costa Rica y Panamá, la Guayana holandesa y la provincia Oriente de Ecuador, corroboran la influencia de los vascos en las Américas” (*ibid.* 213).

¹⁷ La información sobre este simposio puede encontrarse en: <https://original-ufdc.uffib.ufl.edu/UF00083835/00004/9j>, donde se presenta la disposición final de las mesas.

¹⁸ Reputado catedrático de biología de invertebrados en la Harvard University, los estudios de Fell sobre epigrafía han sido muy criticados, en lo que aquí ocupa en referencia a su consideración de que mucho antes de que Cristóbal Colón alcanzase América, y de que los vikingos hiciesen lo propio al inicio del siglo XI –tal como hoy es unánimemente aceptado y, en relación con el marco en el que se presentó la comunicación que da origen a este escrito, como defendía ya Humboldt dos siglos atrás–, navegantes del norte de España habrían llegado al continente americano. Se retoma con ello lo expuesto en la anterior nota al pie.

¹⁹ La correspondencia entre Fell y Agiré permite advertir la urgencia que gobernaba el quehacer diario de este último en la recta final de su vida.